

VI

EL CORREO DE SCHAFFHOUSE

Enfurecido estaba el Señor Paumgartner.

— Que el diablo cargue con ese animal! dijo sentándose. No parece sino que el Valle del Infierno les perteneciese á esos sujetos!

« Esos sujetos » eran sin duda alguna Martín y Matías, que el fabricante de juguetes metía en el mismo costal.

Pidió un vaso de cerveza y pudo constatar que junto á él sus compañeros de viaje guardaban absoluto silencio.

— ¿Qué os sucede? preguntóles. ¿Es acaso porque Matías contó algo sobre Jacobo Ork al vendedor de paraguas que os halláis en ese estado?

Dijo entonces el camarada salchichero aspirando de su pipa una gran bocanada de humo:

— Quizás tenga Ud. razón! No me agrada oír hablar de Jacobo Ork porque trae mala sombra...

Mas el patrón Federico II, que había subido sobre una silla para descolgar un gajo de cebollas, dijo:

— En verdad no es un acontecimiento que haya hecho la felicidad de la región!

Volvióse el Sr. Paumgartner y preguntóle brutalmente:

— ¿Se refiere Ud. en lo que ha dicho al duque Carlos? Preciso sería hablar claro.

— ¿Sois acaso su hermano ó su primo? observóle Federico con sorna, sin responder directamente á la pregunta.

— Ni primo ni hermano, pero mi hermano que está en Viena es un leal súbdito de Su Majestad y, escuchadme atentamente, patrón Federico, ya me carga ver que un montón de viejos buhos se pasan la vida murmurando de la familia del muy venerado emperador Francisco.

Cálmese Ud., Señor Paumgartner, que el trono de Austrasia no está en peligro porque se hable de Jacobo Ork en su país...

— Mas ya que aseguráis que aquel acontecimiento no labró la dicha de la región, ¿por qué no impusisteis silencio á Matías cuando se puso á contar ahora rato todas esas historias de aparecidos á gentes extranjeras?

El Señor Paumgartner lanzó una mirada hacia el lugar donde se hallaban las institutrices y Juanillo absortos en grave conversación y prodigándoles tiernos cuidados á los bebés, que se habían despertado y chupaban leche caliente.

El posadero respondió con flema mientras se bajaba de la silla y tendía á la sirvienta el gajo de cebollas:

— A nadie impongo silencio porque en mi posada todo el mundo tiene derecho de decir lo que le plazca, siempre y cuando que me paguen la comida...

— Mas, antes que todo, ¿quién es ese vendedor de

paraguas que se metió ahora rato en lo que no le importaba? ¿y á dónde se marchó ese animal?

— ¿Deseáis hablar conmigo, caballero? dijo una voz tras de él.

Volvióse Paumgartner y exclamó reconociendo al paraguero que entraba:

— Ah! sois vos!

— Sí señor, yo mismo, respondió el sujeto y si os place volverme á ver, á mí me sucede otro tanto porque me sois simpático, Señor Paumgartner de Friburgo.

Sin responderle, volvióle la espalda Paumgartner con ademán furioso. Mas su interlocutor no se intimidó por tan poca cosa. Dióle la vuelta á la mesa y colocóse frente al fabricante de Friburgo, permaneciendo de pie.

Apoyóse sobre la mesa é inclinándose sobre él, le dijo, con la mayor tranquilidad del mundo:

— Señor Paumgartner, mucho conocí yo á vuestro sobrino Víctor.

Al oír esa sola frase, palideció Paumgartner: examinó con inquieta mirada al extranjero:

— ¿Dónde conocisteis á mi sobrino?

— ¿Permitís que me sienta?... ¿que me sienta á vuestro lado, mi querido Señor Paumgartner? (Dicho esto se sentó y quedaron los dos, en la extremidad de la mesa, codo contra codo)... Conocí á vuestro sobrino en París, hace ya mucho tiempo... algo así como quince años... Por aquella época estaba yo en París por necesidades de mi comercio; al igual de muchos de mis compatriotas, frecuentaba « La Cita de los buenos compañeros de la cerveza Pilsen. » Allí mismo tuve ocasión de conocer al amable Sr. Arnstein, de Viena, tapicero de Su Majestad, á quien acabo de conducir en este momento hasta su berlina.

— Vaya! ¿conque Ud. conoce también al Sr. Arnstein? preguntó Paumgartner un tanto tranquilizado.

— Sin duda... un ambulante vendedor de paraguas está obligado á conocer á muchas gentes, sobre todo en nuestros países donde llueve siempre. En las bodegas del Palacio Real conocí al excelente Víctor... Y puedo asegurarle que se aburría de lo lindo entre las futuallas y las húmedas bodegas de su padre... porque, Señor Paumgartner, al conocer á vuestro sobrino en casa de su padre, aconteció que conocí también á vuestro hermano...

— A mi hermano le conocen muchas gentes, caballero... Es dueño de uno de los más grandes Cafés de Viena.

— Sin duda, mas, en aquella época, no poseía sino la más insignificante cervecería de París... Señor Paumgartner, bien puedo deciroslo... (Preguntóle en voz baja, acercándosele al oído)... ¿podría Ud. decirme qué ha sido de su sobrino?

Volvió la mirada el fabricante hacia Franz Holtzchner y examinó con terror no simulado á ese pobre paraguero ambulante que había tomado puesto al lado suyo con tanta desfachatez...

— ¿Quién sois vos para hacerme tales preguntas? preguntóle en voz tan baja que solo Franz Holtzchner pudo oírle.

Al escuchar esas palabras, puso el paraguero el codo sobre la mesa y presentó á Paumgartner la palma de la mano en forma tal que éste pudo ver lo que contenía. Mas no bien hubo mirado cuando palideció como un muerto. Inclino instantáneamente la cabeza y el paraguero metió la mano en el bolsillo. Paumgartner murmuró entre dientes:

— He debido suponerlo!... Mas, no obstante, paré-

came muy imprudente lo que estáis haciendo... Señor Franz Holtzchener... Creedme á mí... voy á daros un buen consejo... encended vuestra pipa y marchaos á fumarla en el camino mientras parte la diligencia y después, abandonad para siempre estos parajes!...

— ¿Dónde os apeareis en Todtnau? preguntó Holtzchener silbando indiferentemente y mirando de reojo á su hombre.

— En « El Aguila »!...

— ¿Permaneceréis allí largo tiempo?

— Dos días apenas. Y ahora que ya no tengo nada más que deciros, Señor Holtzchener, pero nada absolutamente... Porque debéis tener entendido que no soy sino un honrado fabricante de juguetes, *que nada sabe*. No equivoquéis el camino.

Pareció impresionarse Holtzchener ante la marcada insistencia con que el fabricante lo incitaba á variar de rumbo. Muy otra cosa esperaba de su anterior maniobra, cuando le mostró la palma de la mano. Hizo una nueva intentona :

— Vuestro sobrino y Jacobo Ork desaparecieron en la misma época. Quizás regresen juntos.

El golpe había sido certero. Asílo por el brazo el fabricante de Friburgo y apretóselo nerviosamente :

— Basta!... Basta!... Jacobo Ork está muerto!... Y los muertos no regresan!...

(Dijo esto Paumgartner con tal expresión de frío terror, que se hubiera dicho que el fantasma del archiduque acababa de aparecerse súbitamente, saliendo de entre la chimenea.)

En realidad no había allí más que la enigmática figura del posadero, envuelta en el humo del hogar, que acababa de atizar con sorna las brasas y que se erguía frente al fabricante de juguetes. Alguna parte

de la conversación debió oír Federico II, porque no tuvo inconveniente en decir en voz alta :

— Sin duda alguna Jacobo Ork murió en América. Y así debía de terminar, ¿verdad? puesto que el Emperador maldijo su matrimonio.

Franz Holtzchener pidió le sirviesen de beber.

— Es una maldición que tampoco le produjo beneficios al Emperador, ni á la familia imperial... dijo con cierto retintín seco, mirando por lo bajo á Paumgartner.

Algunos dijeron : « Evidente!... » Y mientras el vino del Rín caldeaba las imaginaciones, empezaron á discurrir entre sí, quiénes en voz baja, quiénes en voz alta, y á evocar las catástrofes domésticas que han cubierto de duelo á la Corte de Austrasia.

El paraguero no perdía un solo detalle de cuanto se relataba y sabía meter su cucharada en el momento oportuno. Debía saber á dónde quería llegar, al hacer rodar la conversación general sobre un tema que á menudo constituyó el tópicó de cuanto se charlaba en la región que aún se hallaba llena de recuerdos de Jacobo Ork y donde se divisaba, á cada recodo del camino, las almenas de la torre Jaula de Hierro.

Echábale aceite al fuego Franz Holtzchener mientras Paumgartner, que había enmudecido súbitamente, escuchaba con visible agonía lo que referían en derredor de él.

— Lo propio decimos en la Alta Austrasia, donde era muy amado Jacobo Ork.

« Desde que desapareció el desdichado archiduque, todo cuanto tuvo algo que ver con él, todo lo que estuvo á su lado se halla destinado á sufrir desgracias inevitables.

Generalmente la sociedad se compadecía del empe-

rador Francisco. Estaban todos de acuerdo para declarar que no había merecido tan triste y sombría senectud. A ese respecto hacíanse siniestros relatos sobre el trono de Austrasia... Parecía como si Jacobo Ork, al marcharse, se hubiese llevado en ancas á la buena estrella de la familia imperial... Contaban sorprendentes historias de amor... de pasión y de muerte... el escándalo entraba en la alcoba de los reyes y de los príncipes... las hijas del emperador, tras algunos años de vida conyugal, abandonaban sus hogares, ésta con un profesor de piano, la otra con un oficialillo... las casas de salud recibían en su seno á la princesa de Praga y á la condesa de Bregentz... luego las desgracias de María Silvia y los terribles golpes que se habían descargado sobre las gradas del trono abriendo brechas en los rangos de los posibles sucesores de la corona imperial... ya que el archiduque heredero Adolfo no tenía descendencia...

Mas lo que indudablemente conmovió más profundamente á la majestad imperial fué sin duda la doble desgracia acaecida últimamente, que hizo gemir al ilustre anciano, que hasta entonces había soportado el infortunio con temple de alma verdaderamente admirable...

Primero el archiduque Pablo abandonó súbitamente todos sus derechos, encerróse en un monasterio y calzó la sandalia de los franciscanos... por despecho amoroso... y sepultando con él su secreto... Porque contaban que el emperador, oprimiendo á su hijo contra su corazón y regándolo de lágrimas, le había suplicado que le revelase el nombre de la mujer que amaba prometiéndole su consentimiento al enlace, aunque aquella mujer perteneciese á la más humilde clase social, siempre que fuese digna de su corazón!

De esta manera el emperador, que tanto había combatido el amor en su familia, no titubeó un instante en declararse vencido por el amor... y pedía gracia!... Mas, ay! sin duda era tarde y el Destino había hecho su obra, ya que el archiduque Pablo no pudo responder á tan augustas lágrimas sino con estas palabras:

— Adiós! padre mío; voy á orar por vos!...

E internóse en un clautro perdido en el corazón de las montañas del Tirol. El imperio, el mundo entero lo sabían... Y luego, después del archiduque Pablo...

— Después del archiduque Pablo, dijo la aguda vocecita de Franz Holtzchener, quien se balanceaba en la silla como en una mecedora... Le tocó el turno á...

— A Juan II de Estiria!

Fué pronunciado aquel nombre de tan extraña manera por una voz de acento extranjero, que todos volvieron la vista.

Era Juanillo quien acababa de hablar. Por lo demás, él mismo parecía asombrado y miraba á los circunstantes como preguntando á cada uno de ellos qué había ocurrido para que él, Juanillo, se hubiese atrevido á meter su cucharada en la conversación general, colocando al lado del nombre del archiduque Pablo, el de Juan II de Estiria que acababa de pronunciar...

Mas la conversación había proseguido ya con ese tema de Juan II de Estiria, cuyo mísero fin estaba aún presente á todos los espíritus... Juan II de Estiria, hermano del emperador, á quien, como si fuera un conejo, le había largado un tiro un guarda bosque. Luego urdieron una historia en que se relatava un accidente... Mas es lo cierto que el guarda tenía una mujer muy hermosa!...

Desde aquella época malhumoróse el emperador

aunque esa catástrofe parecía ser la última y haber aplacado al Destino...

— Es de esperarse que con el nombre de Juan II se cierre la lista!... No más duelos, ni más lágrimas! exclamó Franz Holtzchener, apurando su vaso y aparentando pensar en otra cosa...

Mas pronto cambiöse esa actitud displicente en otra que revelaba el más vivo interés cuando resonó de nuevo la voz que se había escuchado anteriormente :

— Después de Juan II viene María Luisa!

Era Juanillo quien hablaba de nuevo... El propio Juanillo aterrado... estupefactado ante la osadía de meter su cucharada en una conversación extranjera de la cual no comprendía más que los nombres propios...

Hubo un prolongado rumor... Miráronlo con hostilidad... y también con espanto...

¿Qué quería decir ese sujeto? ¿Por qué se refería á María Luisa?... ¿Por qué profería el nombre de la hija amada del emperador?

Ya dijimos que Franz Holtzchener había parecido ser el más impresionado por la interrupción de Juanillo. Cesó de balancearse en la silla, recobró el equilibrio, púsose de pie y dijo en correcto francés :

— ¿Quién ha pronunciado aquí el nombre de María Luisa?

Juanillo, que hasta entonces sólo había oído hablar en alemán, extrañöse de tal manera, que dijo :

— ¿Para qué me necesita ese sujeto?...

— ¿Sois vos, preguntó Holtzchener, quien dijo : *María Luisa?*

— ¿Qué quiere Ud. que yo sepa? replicó Juanillo aturdido... Dije eso como hubiera podido decir otra cosa... ¿Qué quiere Ud, de mí, caballero?

Franz Holtzchener parecía haber olvidado el papel que representaba. ¿Dónde diablos se hallaba el miserable paragüero ambulante de momentos antes? Había cambiado su voz y se había erguido su talle...

Ya no era un anciano...

— ¿Sois franceses los tres? preguntó dirigiéndose al joven y á las institutrices.

— ¿Y vos, caballero, preguntó con osadía Juanillo, ya no vendéis paraguas?

Aquella cándida frase volvió en sí á Franz Holtzchener y apagóle el fulgor de la mirada.

— He vivido largo tiempo en Francia, respondióle, y me gustan mucho los franceses...

Diciendo lo cual acercó un taburete y sentöse al lado del joven.

Abriöse brutalmente la puerta en aquel momento y entró un hombre vestido de uniforme, embarrado, con los cabellos pegados á la figura y la frente cubierta de sudor.

El patrón Federico exclamó :

— El correo de Schaffhouse!

— Demen de beber, pidió el correo. Aprisa! Esto es para vos, patrón Federico! (Y arrojóle un saco de telegramas) Vamos! Mis caballos!...

Federico, al pasar por junto al posta, dijole :

— ¿Ocurre algo grave?

— Si tal. ¿No lo sabéis aún?

Los periódicos de Constanzia lo relatan todo.

El posta se enjugaba, bebía y volvía á enjugarse.

Por último dijo :

— La mitad de Boemia se ha insurreccionado y la princesa María Luisa murió ayer noche en brazos del Emperador!

— María Luisa muerta! exclamaron de todas partes en el salón.

— Sí, y murió envenenada!...

Salió el posta, saltó sobre el caballo y parió en dirección á la torre Jaula de Hierro de Neustadt.

VII

EL HALALÍ

La noticia de la trágica muerte de María Luisa de Austrasia estalló como una bomba en medio de aquel salón de posada, conmoviendo á los circunstantes tanto más cuanto que momentos antes habíase pronunciado el nombre de la princesa en circunstancias muy extrañas: una voz se había escuchado que anunciaba la catástrofe; por eso tan pronto como partió el propio volviéronse todas las miradas hacia Juanillo que continuaba sin poder darse cuenta del interés que despertaba. Lo que se había dicho era para él letra muerta y no comprendió toda la emoción que se propagó súbitamente en su derredor. Y más que todo extrañóle ver erguirse ante él la figura singularmente hostil del paraguero... Auguraba mal fin todo aquel movimiento provocado por el ex-aprendiz de Bautista, cuando un grito estridente lanzado por Berta vino á desviar de pronto la atención general.

— La vieja Tragavientos! exclamó la joven institutriz.

Y la señorita Lefébure repitió:

— La vieja Tragavientos!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N. L.

Algunas voces amedrentadas gimieron:

— La Dama de la media noche! Fijáronse todas las miradas en la aparición que surgió en la ventana que daba sobre el camino iluminado por la luna. Apoyábase contra el vidrio una figura diabólica y contemplaba con sus grandes pupilas inmóviles lo que sucedía en el interior del salón.

Era una horrible figura de palidez de yeso... una verdadera máscara de la locura...

Los rasgos todos de aquella fisonomía revelaban el más evidente terror y dábanle aspecto de iluminada al mismo tiempo que inspiraban compasión y la imploraban. Aquella figura amenazadora y terrible pedía algo, pues los labios se agitaron y la boca se entreabrió...

— Tiene hambre! exclamó Berta... Pide que le den de comer...

Algunas voces temblorosas agregaron:

— La Dama de la media noche tiene hambre!... Déndele de comer!...

Mas como nadie osaba dar un paso hacia adelante, aproximóse Berta á la ventana; inmediatamente alejóse la loca con mil precauciones.

Entonces, púsose Berta á hacerle señales extrañas y suplicando á los presentes que permanecieran inmóviles, avanzó paso entre paso y abrió muy quedo la ventana. Del otro lado del camino la loca, presta á internarse en la selva, examinaba jadeante cada uno de los gestos de Berta.

— Dejadme á mí, había dicho la institutriz!... A mí me conoce!...

Tomó la joven un vaso de leche y un pedazo de pan que se hallaban sobre su mesa y colocólos sobre el alfeizar de la ventana, que luego volvió á cerrar...

— No hagáis ningún movimiento!...

La Dama de la media noche, viéndolos á todos inmóviles, dió algunos pasos hacia adelante... Miró á derecha y á izquierda... puso el oído como para escuchar... mostró súbitamente un nuevo terror que la hizo temblar de pies á cabeza; luego corrió á la ventana, vació de un trago el vaso de leche, agarró el pan y arremangándose los andrajos hasta las rodillas y mostrando sus pobres huesos miserables, rompió á correr lanzando un grito tan salvaje que hasta el mismo Paumgartner sintió frío en la medula espinal.

No bien acababa de desaparecer la Dama de la media noche por el camino inundado de luz lunar, cuando se oyó temblar la tierra y gemir el cielo. Un ruido apagado y rítmico había resonado sobre el suelo mientras que el aire se llenaba de clamores, de aullidos de perros y del sonido desgarrador del cuerno. Acercábase el galope de los caballos.

— La cacería del Príncipe Negro! He ahí de nuevo la cacería del Príncipe Negro!... murmuraron con terror algunos viajeros que se colocaron prudentemente en el interior del salón...

— La cacería del duque Carlos! La cacería del duque Carlos que ya le pisa los talones á la Dama de la media noche!... exclamó en voz alta Paumgartner... Entiendo yo que á la pobre dama no le queda mucho tiempo de vida y que pronto escucharemos la tocata de caza!

Con gran curiosidad y los ojos brillantes y perversos, arrojóse á la ventana, abrióla é inclinóse sobre el camino...

— Allí vienen!... Allí vienen!...

Con efecto, la aullante jauría atravesó el camino con rapidez de visión, seguida por picadores de á caballo, mozos, porta-antorchas, tocadores de cuernos, tropa infernal que se internó en la selva tras la pista de la

Dama de la media noche, fantasma perseguido por demonios; luego pasó la cabalgata, encabezada por el duque Carlos y por el rey Leopoldo Fernando, echando espuma por las bocas y á quienes todos pudieron reconocer. Mas en realidad de verdad, el que parecía conducir aquel turbión era sin duda el duque Carlos. Inclinado sobre el pescuezo de su caballo, instábalo á correr con palabras inarticuladas y gritos insensatos, llevaba la cabeza descubierta y los cabellos agitados por el viento envolvíanlo como en llamas negras. Parecía el alma condenada de aquella cacería maldita, el genio malo de aquella sarabanda diabólica, en que hombres, perros y caballos rodaban entre el tumulto de tocatas de caza hasta alcanzar la meta deseada: un andrajo de carne humana!

Lejos se hallaba ya la infernal cabalgata que aun se escuchaba la voz del duque que repetía:

— ¡Muerta ó viva!... ¡La quiero viva ó muerta!...

Los espectadores de tan fantástico desfile permanecieron en la ventana de la aldea del Valle del Infierno, mudos de espanto; comprendiendo que el duque perseguía aquella noche una presa distinta del venado y del jabalí. Algunos se santiguaron. Y aun no se había pronunciado una sola palabra, cuando de nuevo resonó en el camino un ruido formidable de galope. Y casi al mismo tiempo apareció sobre los cuatro rayos que eran los cuatro cascos dorados de su cabalgadura legendaria, la que la superstición de todas las cabañas de la Selva Negra llamaba *el Hada Rubia* y que Juanillo reconoció y nombró enseguida haciendo memoria de « los misterios de la cripta », el Dios rubio... el Dios rubio!

Era sin duda el Dios rubio! Era Stella! Era la Reina del Aquelarre la que acababa de pasar por frente á él,

dándole caza á la cacería del duque Carlos! Bien la reconoció á pesar de la máscara negra que le cubría los ojos.

Reconocióla por la cabellera incendiada, por el caballo blanco y por el galope de los cuatro cascos de oro.

Mas cuál no sería la estupefacción y la loca alegría de Juanillo al divisar detrás de la amazona *una rueda humana*... Ah! reconocióla también. Era la rueda aquella!... y sin embargo, cómo rodaba!... con cuánta velocidad!... apenas si se lograban distinguir las dos piernas y los tres brazos, rayos desprendidos del cubo despeinado que formaba la cabeza del asombroso, admirable y maravilloso enano paralelepípedo de cinco patas!...

— Señor Magno!... Señor Magno, gritó Juanillo. Soy yo. Aquí estoy!...

Y sin preocuparse de las dos institutrices que le miraban sin comprender su conducta, asió rápidamente á las dos chiquillas, dióle un empujón al paraguero que desde hacía algunos instantes parecía interesarse mucho por el joven y sin necesidad de saltar ni de hacer esfuerzo alguno, salvó la ventana tranquilamente y púsose á correr, con toda la velocidad de sus largas piernas, tras de Magno que corría tras del hada rubia que daba caza á la cacería del duque Carlos que perseguía á la Dama de la media noche!

Duendes y aparecidos de la Selva Negra; dioscecillos de las tinieblas, geniecillos malignos que habitáis en los huecos de los árboles y danzáis sobre la grama, á la luz de la luna; fuegos fatuos de los estanques, de los pantanos y de la aterrada imaginación de los hombres; enanos y gigantes; ancianos del tamaño de un dedo pulgar; barbadas hechiceras, nocturnos chucuelos de la leyenda y de la superstición; moradores

fantasmagóricos del valle del Rín y del Neckar, suspended vuestra sarabanda y mirad pasar la cacería del duque Carlos!

El mismo diablo, nuestro padre común, no os ofrece un espectáculo semejante! Muchas veces los hombres trabajan mejor que los demonios!...

Viva ó muerta!... Viva ó muerta! Aquel grito maldito parece poner en marcha el horrendo turbión... Y no son vanas sombras las que conducen la sarabanda! Son jinetes arrojados, llenos de vida, que no cabalgan en palos de escoba sino en caballos de cuatro patas, de carne y hueso... Rín!... Neckar... Selva Negra!... Valle del Infierno!... Viejas aldeas! Fuertes castillos que sé desploman!... Grutas y cavernas!... Teatro de tenebrosas historias y de cuentos de brujas, ¿podrías decir acaso quiénés te han infundido más espanto, los fantasmas ó los hombres? ¿A qué haber inventado vanas imágenes cuando se poseen los monstruos de antaño y los aristócratas de hoy? ¿Y acaso no se ha bastado á sí mismo, en todas las épocas, la desdicha terrenal? ¿Cuáles fueron más desdichadas, las princesas de hace mil años, prisioneras de los caballeros de hierro y tiernas para con los trovadores, ó las actuales reinas enamoradas que purgan entre las rejas de los calabozos la falta de haber sonreído á algún músico de paso? Ya no está de moda la tortura, mas sentada al piano se suspira: siempre han sido gemelos el amor y la muerte!

Vamos! el mundo no se halla al final de su carrera, y los maridos continuarán persiguiendo á los amantes y los reyes á las reinas fugadas!... Tatarí... Tatará!... Viva ó muerta!... En París ó en Viena se recurre al comisario de policía... Mas cuando se es príncipe del imperio y se posee la Selva Negra, y buenos caballos,

una excelente jauría y un Príncipe Rojo en cuyas venas circula la sangre de Golo, es muy divertido evacuar sus asuntos por sí mismo, y tener como caza en los bosques á una princesa para jugar, como los antepasados, á Genoveva de Brabante.

Tararí... Tarará... Viva ó muerta!... Leopoldo Fernando lo dijo!... El duque Carlos lo repite!... Y bien lo habéis oído vosotros, sombríos ecos del Valle del Infierno... Tararí... La Dama de la media noche corre medio desnuda por entre el follaje...

... Más veloz que el más ligero animal escarpa las rocas cortadas á pico ante las cuales se detiene la jauría impotente y aullante; más insensible que el oso de piel espesa, atraviesa espesuras tan llenas de espinas que los perros, iracundos, se desgarran en vano sin poder penetrarlas; más perspicaz que el picador más hábil, sabe conducir la carrera de las bestias hasta el fondo de abismos profundos en derredor de los cuales se pasean estúpidamente sin hallar escapatoria. El acantilado es su refugio; los árboles, sus cómplices que la ocultan tras sus ramas. La luna es su amiga: ocúltase en el momento oportuno y reaparece cuando han perdido sus huellas. La Selva toda la protege, abriéndole los brazos y cerrándolos tras ella, como madre que defiende á su hijo!...

Mas tanto es lo que han perseguido á la Dama de la media noche á la hora en que se cierran las persianas de las cabañas y en que se perpetran los crímenes de la sombra, que el séquito del duque Carlos empieza á conocer todas las vueltas y revueltas. Por salvaje que se haya vuelto la Dama de la media noche, la Loca de la Selva, la de pantorrillas de cabra saltarísca, no por eso deja de tener corazón femenino que estallará en su débil pecho alguna noche en que haya corrido excesiva-

mente á la luz de la luna. Tarará!... Tarará!... Ya se acercan! Los perros aúllan, los caballos echan espuma, el mismo Leopoldo Fernando y el Príncipe Rojo (que tal es el apodo que dan á ese caro señor en el fondo de sus corazones todos los campesinos de la Selva Negra) profieren exclamaciones bestiales con toda la fuerza de sus pulmones echados hacia adelante. Es para esta noche!... Si!... Ya la tenemos!... Por aquí!... Viva ó muerta!... Se cae de fatiga!... Atención!... Da la vuelta por los cuatro caminos!... Si se interna en la hondonada del valle de los Gigantes la tenemos como entre un costal!...

Es preciso creer que en esta ocasión terminará todo... No importa haber vivido durante años como bestia del monte, pues hay momentos en que no se encuentran las escapatorias... Y luego, hasta en la locura tiene uno momentos de flaqueza... En veces la locura os presta fuerzas sobrehumanas y llega hasta prestaros alas, pero también sucede en veces que os infunde desfallecimiento. En ese estado detúvose la Dama de la media noche ante el muro de roca que le obstruía el paso, insegura y temblorosa... De seguro la víspera hubiese subido á la cima de la roca sin saber cómo, mas hoy sólo lanzó un grito de horror... y permaneció de pie, semidesnuda entre los negros harapos, inmóvil, vencida, esperando el diente de los perros!...

La jauría toda estaba encima... Dos enormes molosos, en apariencia pesados como bueyes pero que en realidad eran más ágiles y veloces que lebreles, hallábanse ya á algunos saltos de distancia; un minuto más y le hincarian sus dientes en el cuerpo... Mas de pronto dos rayos rasgan la noche lunar y dos balas de fusil detienen la carrera de los canes que ruedan á los pies de la infeliz. Todos, caballos y jinetes, titubean un

momento; ¿de dónde partió el rayo? Mas el instinto salvaje del cazador se sobrepone y pronto arroja de nuevo bestias y gentes sobre su presa. Oyense las órdenes breves de Leopoldo Fernando que teme volver de nuevo con las manos vacías á la torre de Hierro de Neustadt y que extiende y cierra en derredor de su presa toda la tropa y toda la jauría. En cuanto al Príncipe Rojo, se ha adelantado á su jauría, momentáneamente detenida, é inclinado sobre el pescuezo de su caballo, con el manto que le forman las sombrías llamas de sus cabellos, parece un demonio hermoso, más hermoso que el, Príncipe Negro, hijo tan sólo de la Imaginación de la Selva, mientras que Carlos alienta y va á tomar en sus brazos á la Dama de la media noche, que quería poseer, aunque fuese muerta!...

Mas he aquí que en medio de aquel concierto (concierto en un circo de piedra con aullidos, relinchos, alaridos, sonidos de cuerno... « la tocata en pie » y luego « la tocata en el suelo » y por último « la muerte », en la forma que escoja el Príncipe Rojo...) mas he aquí que en medio de aquel concierto pareció como si el cielo se hubiese entreabierto para dar paso á una incendiada aparición...

... Podría asegurarse, si el suelo no resonara con el galope del caballo de aquella hada tempestuosa, que la divina amazóna venía por los aires. Pasa como una bala irresistible... es la velocidad misma... es el viento... es la llama... es el hada rubia que nadie antes de ese momento increíble, vió de cerca; por más que digan en la Selva Negra. Traía, para que la viesan menos que las noches anteriores, una máscara negra sobre su faz de fuego!...

Sin duda alguna quema, aplasta, anonada!... En su derredor no se oyen sino gritos de dolor y maldiciones!

Avanzase, sobre el Príncipe Rojo, hácelo tambalear con el choque terrible de su caballo jadeante y cuando éste cree levantar entre sus brazos á ese lamentable harapo humano que es la Dama de la media noche... siente que el hada rubia le arrebató su presa, la oprime contra su corazón y llévasela, lanzando en su victoria un terrible grito de alegría.

Mientras tanto tras ella y en su derredor agrupa de nuevo su tropa Leopoldo Fernando, pues no es hombre que crea fácilmente en intervenciones divinas y ni siquiera diabólicas... Para él una amazona, por fantástica que parezca, no es sino una mujer á caballo y cuando una amazona corre de noche por la Selva, él siente gran curiosidad por saber cuál es el semblante que se oculta bajo la máscara! Y arrojóse en persona á detener al caballo blanco de los cascos de oro... Todos le siguen... Todos forman círculo en derredor de la misteriosa amazona!...

No había ninguna escapatoria!... erguíase la roca, cortada á pico, cual muro infranqueable... El Hada rubia estaba prisionera!...

— Las cogemos vivas á las dos! Matadle el caballo, ordenó la voz rugiente del Príncipe Rojo!...

— Veremos quién eres tú! exclamó Leopoldo Fernando...

Entonces la amazona irguióse sobre los estribos, levantó hacia el cielo su carga palpitante, y después de silbar ligeramente, dijo:

— Arriba, Darío!... Salta que te lo pide la Reina del Aquelarre.

En aquel instante vióse al caballo blanco de los cascos de oro que parecía volver á las estrellas de donde probablemente había caído... Solo dió un salto... un salto prodigioso y franqueó el muro infranqueable... La

roca, durante un momento y entre la apoteosis lunar, sirve de fabuloso pedestal á aquel grupo ecuestre!... luego desvanecióse la aparición... mientras que tras ella murmuran sollozantes todas las brisas de la Selva Negra: ¡ Mamá!... ¡ Mamá!... ¡ Mamá!...

VIII

EN QUE SE VE CÓMO LE SOBRÓ RAZÓN Á JUANILLO PARA
CREER QUE SU ÚLTIMO MOMENTO HABÍA LLEGADO

Sucédele al viajero que después de visitar en Büchen la casa en que Jacobo Ork aprendió el oficio de relojero y medir la profundidad de los calabozos en la torre Jaula de Hierro de Néustadt y trepar por las peñas abruptas del Valle del Infierno, detiénese en el circo de los gigantes. Allí el guía que le acompaña muéstrale con la punta del bastón dos círculos enormes hondamente impresos en la roca y anchos como escudos: « Son las huellas dejadas por los dos cascos traseros del caballo del Hada rubia cuando vino la noche de la cacería del Príncipe Rojo á arrebatarle de entre los brazos el cuerpo inanimado de la reina María Silvia que el duque iba á tirar á los perros para que lo devoraran! »

Así ve uno á cada paso en aquel país donde la historia se codea con la leyenda, que la leyenda tiene más fuerza que la historia. Mas es tarea del novelista desenmarañar de entre tantos vestigios de la más cándida y más encantadora superstición las ligeras huellas que

han de indicarle el curso del drama. Ha de comprender que la miseria de aquella reina reducida á hacer la vida de las bestias del monte, ha tomado tales proporciones en la imaginación campesina que hasta los incidentes más terribles de una aventura real en demasía, no han dejado de perder muy pronto su aspecto puramente humano.

Pensativo ante aquella muralla de granito que paralizó el impulso de la jauría del duque Carlos, se hallará el viajero, mas sabrá medir la altura y comprenderá que no se necesitaba, para dar el salto excepcional que se imponía, ni del enorme caballo del gigante Carolo, ni de las alas que llevan sobre las espaldas los caballos de la comitiva del Príncipe Negro, cuando se encamina á la sarabanda el lugarteniente de Lucifer.

Del mismo modo, cuando media hora más tarde le conduzca el guía por entre la tupida oscuridad de la selva hasta la gruta en que realmente hizo vida animal María Silvia, es innecesario que preste gran importancia á los decires del guía, quien le contará que aquella grieta del acantilado se abría y se cerraba á una orden de María Silvia y que así fué cómo pudo escapar durante tanto tiempo á los perros del Príncipe Rojo.. En realidad fué allí donde vivió después de su fuga de Møder, cerca de Friburgo, donde un llamado Hansen túvole compasión y dióle hospitalidad en una cabaña, como se dijo anteriormente... Y fué allí, durante la trágica noche en que toda la Selva parecía ocupada por la cacería del diablo, donde penetró Juanillo y donde hemos de penetrar tras él.

Pues bien, Juanillo, á pesar de sus largas piernas, perdió el rastro de la cacería... Y con el rastro de la cacería, el del Señor Magno. Porque no hay duda de que es terrible correr con dos chiquillas en los brazos,

lo cual había tenido ocasión de experimentarlo en el camino de Arles.

Mas es lo cierto que el camino de Arles conduce á Arles y en la Selva Negra, especialmente de noche, no sabe uno á donde conducen los caminos.

Había confundido las huellas de tal modo que no le era posible orientarse... Tan pronto escuchaba los ruidos de la cacería como dejaba de oírlos; en vano tomó todas las direcciones gritando á voz en cuello: « Señor Magno!... Señor Magno... »

Ya sólo ambicionaba descansar del doble peso que cargaba, mas, ¿dónde hacerlo?

Cuando se hallaba en lo más espeso del bosque un rayo de luna vino á descubrirle una grieta abierta en la roca musgosa que trepa hacia el cielo en la dirección de Feldt. La grieta parecía estrecha mas hallóla á propósito para pasar la noche á su abrigo.

Entró en ella, donde había oscuridad completa y tendióse por tierra, jadeante y caluroso de tanto haber corrido, lo cual le impidió sentir el frío penetrante que hacía en la grieta. Momentos después, penetrado por la humedad, Juanillo estornudó y levantóse enseguida. Había sido tan sonoro su estornudo que aun le resonaba en los oídos. Parecióle que ese pequeño incidente nasal había hecho tambalear la montaña.

— Hola, hola! dijo, vaya un eco más sonoro; me hallo como entre un tambor; visitémoslo.

Colocó en el suelo á las chiquillas y avanzó hasta el interior del antro con cierta prudencia. Los bebés refunfuñaron al sentir el suelo tan duro.

— No os inquietéis, mis hijitas, que voy á buscaros un nido, susurróles Juanillo.

Avanzaba tanteando cuando de pronto se golpeó brutalmente la cabeza contra la roca. Mas, examinándola

de cerca, advirtió que se podía continuar avanzando con la cabeza baja.

— Quizás me hallo en este momento, pensó Juanillo, en la guarida de alguna bestia feroz que no tardará en regresar y nos devorará á mis chiquillas y á mí. Encendamos candela!

Dicho y hecho; sacó de entre el bolsillo una vela larga que guardaba con avaricia como todo lo que poseía y que había hallado por casualidad sobre la chimenea de la posada de los Alyscampos; encendióla con una cerilla de fabricación inglesa pero que le había suministrado la aduana francesa en la persona de un aduanero de cuyo bolsillo sobresalía y que á su vez se la había procurado confiscándosela á un ciudadano de Bedford que llegaba de Londres, después de haberle dado la vuelta á Europa.

La luz fué.

El joven se internó en un estrecho corredor que se extendía frente á él, caminando á cuatro patas, pues su alta estatura no le permitía otra posición en un lugar donde cualquiera otra persona de tamaño natural no habría tenido sino que agachar la cabeza; avanzaba iluminándose con la vela por el corredor que parecía desviarse.

De pronto agrandóse el pasadizo y convirtióse en gruta. A la luz de su vela pudo ver Juanillo que se hallaba en el centro de una gran excavación y no sin temor descubrió regados por el suelo, restos de comida que revelaban la presencia de un animal á la vez vegetariano y carnívoro. Veíanse allí hojas de plantas, frutos, cáscaras y pequeños esqueletos de animales, costillas que aun conservaban pedazos de carne podrida y jirones de cuero que parecían de hurones, ardillas y jabatos.

Pocos conocimientos tenía Juanillo sobre historia natural y resolvió no perder el tiempo en resolver el problema de saber, según aquellos vestigios, cuál de las bestias de la selva más ó menos peligrosa podía venir á visitarlo de un momento á otro, si prolongaba su permanencia en la gruta.

« Quizás me hallo en la guarida de un lobo, pensó. Tomemos las de villadiego! »

Al regresar apresuradamente hacia el exterior de la grieta tropezó con el pie contra un cuerpo duro que sonó hueco al rodar por el suelo é inmediatamente sintió Juanillo en los pies una sensación de humedad.

— ¿Qué es esto? Me siento empapado.

Inclinóse para ver qué había sucedido y entonces advirtió en un rincón de la gruta una especie de litera formada con ramas y hojas, que aunque hubiera podido imaginar fabricada por un animal, se habría visto obligado á reconocer su error y á pensar en la intervención del ser humano al ver un cuchillo (viejo, mohoso y sin filo) cerca de la litera de ramas y un cántaro lleno de agua que él acababa de derramar.

— Hola, hola! dijo el joven, una cama, un cántaro, un cuchillo! (Examinó atentamente el cuchillo, mas juzgándolo fuera de uso, lo colocó de nuevo en su puesto). ¿De manera que me hallo en casa de mis semejantes?

Mas no pareció tranquilizarse. ¿Qué clase de bandido podía vivir en tal guarida?

Como le sucedía que á todas horas estaba oyendo la voz de Berta, recordó... recordó aquella historia que tanto lo había conmovido de aquella loca que vagaba por la Selva y á quien habían arrojado de su última cabaña... Vió de nuevo el semblante hambreado que se pegó contra el vidrio de la posada del Valle del

Infierno... y sin darse cuenta perfecta de lo que buscaba... púsose á buscar algo en derredor...

... Y en realidad, algo encontró, casi inmediatamente, como por milagro.

... Porque en medio de las tinieblas subterráneas apareció una luz celestial que le mostró ese algo.

Parecía como si hubiese salido la luna en la gruta. Sin duda por alguna grieta superior enviaba el astro un haz palpitante de rayos azules sobre aquella tumba.

Y aquellos rayos iluminaban un ataúd... una cajita de forma oblonga con una gran cruz sobre la tapa.

Juanillo avanzó tembloroso y después de santiguarse levantó la tapa.

A la claridad lunar vió las dos muñequitas blancas acostadas codo contra codo

— Las hijitas de la vieja Tragavientos, exclamó.

Examinó con religiosa piedad aquellos bebés de trapo á quienes hablaba la vieja Tragavientos como si hubieran tenido oídos para escucharla, según refería Berta. El joven sentía crecer su emoción al constatar con cuanto cuidado y ternura había envuelto á las muñecas y las había colocado en aquella camita confortable y fúnebre. La caja estaba acolchada con lana que sin duda había arrancado á las ovejas para formarles un mullido lecho á las muñecas, lo cual sugirió á Juanillo un proyecto que se apresuró á realizar, no obstante todo el respeto que le inspiraban las dolorosas ilusiones de la vieja Tragavientos. Reflexionó que si colocaba sobre el suelo á las dos muñecas, éstas continuarían durmiendo, en tanto que si instalaba en él lecho de lana á sus chiquillas, cesarían de gritar. Hizolo así. De tres saltos llegó á la entrada de la caverna, recogió las chiquillas que turbaban la profunda paz de la noche con sus airadas protestas contra el

rigor de la temperatura y la dureza de la cuna y colocólas en el lugar que ocupaban las muñecas en el ataúd, que por pequeño que fuese, era suficientemente grande para albergarlas á las dos. No bien hubo terminado su operación teniendo aún en brazos las dos muñecas, cuando percibió ruido de pasos y de voces á la entrada de la gruta.

Reculó hasta el interior del antro y mantúvose prudentemente oculto en un rincón de la roca que sobresalía formando ángulo. Innecesario nos parece decir que Juanillo, cuando vió la caverna iluminada gratuitamente por la luna, apagó su vela.

No por hallarse invisible temblaba menos ignorando á quién podía ocurrirsele venir á *conversar* á tales horas en una gruta que parecía haber sido hasta entonces el albergue exclusivo de una pobre loca.

Las chiquillas habíanse dormido en su cuna-ataúd.

Ya dijimos que Juanillo comprendía muy poco el alemán: había sin embargo ciertas palabras, ciertas fórmulas familiares que comprendía perfectamente y así fué como oyó esta frase:

— *Os suplico que paséis adelante y me acompañéis á tomar una taza de té. Me holgaré mucho con ello.*

Era frase de elemental educación sonaba verdaderamente horripilante en aquellos momentos; aparecieron cuatro personajes en el centro de la gruta, iluminados por el haz azul de los rayos lunares.

Adelante se hallaba la loca y era ella quien había pronunciado la frase, con gran majestad, haciendo los honores de su casa.

Tras de la loca veíase al Hada rubia cuya negra máscara le tapaba el semblante.

Tras de las dos mujeres veíanse dos perfiles de hombres, con semblantes compasivos y horrorizados, que

escuchaban y contemplaban como si hubiesen sido transportados súbitamente á algún círculo-infernal. Uno de aquellos hombres tenía un fusil terciado sobre el hombro: era Martín el guarda campestre; Juanillo reconoció en el otro compañero al patrón Matías. ¿Cómo diablos se hallaban reunidos en la caverna aquellos personajes singulares? He aquí lo que Juanillo hubiera deseado explicarse, mas su ignorancia del alemán no le permitía enterarse de nada, á pesar de las múltiples frases que se habían dirigido entre sí los personajes; porque es preciso decir que una vez pasado el primer momento de estupor, los extraordinarios seres aquellos pusiéronse á hablar sin descanso, en muchas ocasiones todos á la vez, con gestos de súplica, de conmiseración, y de ternura que emocionaron de tal modo al aprendiz que soltó un reguero de lágrimas.

En un momento dado arrodillóse Matías y besó el borde del harapo que arrastraba la Dama de la media noche. ¡Ah! Ya no dudaba el patrón de la palabra del guarda campestre! Y todo lo habían visto los ojos de Martín cuando vió en la Dama de la media noche á la reina María Silvia! Era sin duda la infortunada reina de Carintia, la hermana de Jacobo Ork que habían salvado de las garras del duque Carlos con la ayuda inesperada de la misteriosa amazona que cubría su semblante con una máscara negra! Matías, al salir de la posada del Valle del Infierno, no había tardado mucho en hallarse en el camino con el guarda campestre que buscaba por allí una figura que le había parecido ver á través de los vidrios del salón... Y se había hecho acompañar por Matías en sus pesquisas, convenciéndole de que en esta ocasión no era posible que se hubiera engañado... El guarda, después de haber penetrado un momento en la selva, reconoció un sendero donde había distinguido

varias veces el perfil de la Dama de la media noche, y mientras que ésta, hambreada, hallábase realmente junto á las ventanas de la posada donde Berta le daba leche y pan, el guarda y Matías siguieron la pista aun fresca, internándose más y más en la selva hasta darle la vuelta al circo de los gigantes, donde se hallaron dominándolo cuando llegó la cacería del Príncipe Rojo en persecución de la Dama de la media noche, que parecía definitivamente acosada.

Ante tal espectáculo, Martín y Matías saltaron sobre las rocas, lamentando no poder arrojarse entre la infernal y los monstruos que iban á desgarrarla. Entonces, Martín, que cargaba su fusil, disparó dos tiros, que en el fondo de su corazón había destinado al Príncipe Rojo y á Leopoldo Fernando, pero que en el momento de apuntar fueron á herir lo más urgente, los dos molosos que ya caían sobre María Silvia!... y luego prodújose la tormentosa llegada de la amazona de la máscara negra, el milagroso rapto de María Silvia, el formidable salto del caballo de los cascos de oro, y el paso, cerca de ellos, del grupo ecuestre que tras de tan terrible esfuerzo parecía abandonarse. Con efecto no les costó gran trabajo alcanzar á las dos mujeres que se habían apeado. Darío, agotado, hallábase junto á ellas echando humo y jadeante, mas vencedor, puesto que había logrado salvarlas. La joven amazona oprimía delirante contra su pecho á la desdichada loca, diciéndole entre sollozos y besándolo en la cabeza: « ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! »

La amazona quitóse la máscara y acariciaba con su hermoso y delicado semblante la miserable cabeza despeinada de la loca, repitiéndole: « ¡Mamá! ¿No me reconoces?... ¿No me reconocerás nunca?... » Y el hada

rubia lloraba... y la loca se dejaba acariciar y llorar sobre su cabeza... mas nada respondía...

Detuviéronse los dos sujetos conteniendo con gran esfuerzo los sollozos que les arrancaba aquella desesperación filial... La loca los vió primero y extendiendo el brazo hacia ellos pronunció simplemente esta palabra:

— ¡Caballeros!...

Con ello quería indicar que allí había hombres. El Hada rubia se estremeció y colocóse rápidamente la máscara antes de voltear á mirar. Los dos sujetos permanecían á alguna distancia, inmóviles y con la cabeza descubierta, sin que el Hada mostrara extrañeza al advertir su presencia.

— ¿Sois vosotros, Matías y Martín? dijo. Bienvenidos sois y os suplico me ayudéis á transportar a sitio seguro á esta pobre mujer que ya no puede tenerse en pie.

Quedáronse asombrados, mas se les llenó el corazón de alegría al oír que había pronunciado sus nombres con tanta confianza y sin titubear.

Sin duda comprendió la loca el significado de la última frase, levantóse, tomó por la mano á su salvadora é indicónos con una señal que siguiésemos tras ella...

Los tres obedecieron maquinalmente al guía que durante tanto tiempo había demostrado conocer mejor la selva que los mismos perros del Príncipe Rojo. Condujolos por extraviados senderos tan estrechos que al pasar por ellos azotábanlos y desgarrábanlos las ramas. Continuaban trepando á lo largo de la roca. Oíanse á lo lejos algunos aullidos... los últimos clamores de la cacería que iban dejando muy atrás, allá en el fondo del valle...

De pronto y después de haberles hecho dar la vuelta de una gran roca, detuvo la loca á la caravana.

— Aquel es mi castillo, dijo, mas os suplico no hagáis ruido, pues podrían despertarse mis chicuelas.

— ¡Oh mamá! sollozó la amazona.

María Silvia no pareció oír el gemido. Díjoles :

— Venid!... Venid!...

Y como aun permanecieran inmóviles los tres ante la grieta, ella recobró cierto tono de imperio para decirles :

— Os suplico que paséis adelante y me acompañéis á tomar una taza de té. Me holgaré mucho con ello.

Tras ella penetraron los demás al castillo de la Dama de la media noche.

Oh mísero destino!... ¿Era allí dónde vivía la reina María Silvia en un estado más miserable que el de las más miserables bestias de la selva? ¿Qué crimen había podido cometer para descender del primer puesto que ocupaba entre los hombres al más bajo de la escala animal? ¿Es crimen acaso ser bella y ser amada y poseer bellos frutos de ese amor?

Sin duda sí es ello un crimen, ¡oh María Silvia! puesto que no reconoces á tu hija que busca manera de deslizarse hasta tu corazón á la incierta y vagabunda luz de tu pensamiento extraviado...

« Mamá!... Madre mía!... ¿eres tú en verdad, la que tanto he buscado y que tanto me ha huido?... Aquí estás! Te oprimo entre mis brazos, beso tus pobres rodillas, tus pies desgarrados, tus ojos que han llorado tanto, tus ojos que han visto mi semblante y no lo han reconocido, tus oídos, que han escuchado mi voz y tan poco la han reconocido!...

— Lamento no poder ofreceros una taza de té, mas advierto que han derramado la tetera...

Pobre María Silvia!

Pónese á dar vueltas en derredor de la joven, como lo hacen las hienas en sus jaulas, y luego deliéndose para decirle :

— ¿Por qué ocultas el semblante? Bien te reconocí, por más que digas. Te pareces á mis hijas Regina y Tania. Y quizás seas una de ellas! Mas ellas eran dos y estaban vivas en tanto que tú estás muerta!... Voy á mostrarte á mis dos hijas vivas, *pero no lo digas á Leopoldo Fernando!*

Al ver esa débil luz de inteligencia... ese tímido recuerdo... esos dos nombres de Regina y Tania... los tres personajes, impulsados por inmensa esperanza, levantáronse... El Hada rubia dió algunos pasos en pos de su madre... ¿Qué querrá decir María Silvia con eso de « sus dos hijas vivas? »

Volvióse hacia ellos con un dedo puesto sobre la boca :

— Silencio, que están dormidas!... Y sin embargo, yo desearía que hablasen!... No es natural que duerman constantemente! Ya veréis cuán bellas son!... Voy á tratar de despertaras muy quedo, como todos los días, mas os advierto que es muy difícil : se despiertan y no hablan!

La loca, con los ojos fijos en una caja de forma oblonga que se divisaba vagamente entre la penumbra lunar, llamó con voz llena de ternura :

— Regina!... Tania!...

Inmediatamente oyéronse en el fondo de la gruta vaguidos, ayes, gritos infantiles...

— Escuchad! Escuchad! exclamó la loca, presa de súbita y extremada agitación... escuchad!... Se despiertan!... Por fin!... *Ah! bien sabía yo que estaban vivas!*...

No es posible formarse una idea de la salvaje alegría

contenida en aquel grito : « *Bien sabía yo que estaban vivas!* »

La amazona y los dos sujetos quedáronse aturridos, mas la primera no pudo retener un grito de estupefacción al reconocer de pronto, entre los brazos de la que llamaba « su mamá » á las dos chiquillas *gadschi* que había salvado de la muerte!...

Con gesto adusto sacólas María Silvia del ataúd y púsose á arrullarlas en su seno como una madre feliz. A lo largo de las mejillas corríanle lágrimas de felicidad!... De manera que sí había aún en el mundo alguna dicha para María Silvia!... Las arrullaba diciéndoles : « Bien lo sabía yo!... Nadie quería creerlo!... Ni siquiera el excelente Señor Hansen!... Nadie!... Y yo bien sabía que no estabais muertas sino bien vivas, hijitas mías!... Llorad, queriditas!... Llorad cuanto queráis y que os escuchen claramente!... Leopoldo Fernando me decía que estabais muertas y que ya no volveríais á llorar!... ¡Cómo me reiría yo si aquí estuviese Leopoldo Fernando... Le diría : « Yo no estoy loca... Mis hijitas no están muertas!... No... no!... mis queriditas... mis adoradas... mis muñequitas vivas!... »

Y fué á sentarse en un rincón de la gruta con las dos chicuelas en brazos, que oprimía sollozante contra su corazón...

... Luego durmióse casi enseguida... y las chiquillas también se durmieron... mezclando su sueño inocente al primero que lograba conciliar la Dama de la media noche!

El Hada rubia contemplaba el dormir apacible de María Silvia y exclamaba :

— Sois vos, sin duda, Dios mío, quien me habéis conducido hasta aquí. Sois vos quien trajo por medio de un milagro que ignoro á esas dos chiquillas que me

deben la vida y que tal vez le traen en cambio la tranquilidad y la razón á mi madre!... De manera que estáis con nosotros, Dios mío!...

Inclinó la cabeza y púsose á orar largamente.....

Juanillo no había hecho un solo movimiento. Juzgaba que la quietud era la actitud más prudente y además la escena á que acababa de asistir y que no comprendía sino á medias no le había dejado tiempo para reflexionar. Cuando oyó gritar á las chiquillas, oprimió con terror las dos muñecas, como si ese gesto les impusiera silencio á las *gadschi*.

— Dios mío, pensó, ¿qué va á suceder?

Y sucedió lo que queda relatado : la loca alegría de María Silvia, luego su calma, sus lloros, su sueño feliz... y la oración del Hada rubia...

Juanillo ve que la amazona se vuelve y llama á los dos sujetos por sus nombres :

— Matías! Martín!...

Pónense á hablar los tres algo que Juanillo no comprende... El Hada rubia los conduce hasta un rincón apartado de la gruta muy cerca del lugar donde se halla Juanillo, tan cerca que éste contiene la respiración para no ser descubierto inmediatamente.

Allí háblales de nuevo la amazona y los hombres le contestan en voz tan baja que sólo puede oírlos Juanillo...

... Mas Juanillo no entiende lo que dicen porque no sabe alemán.

Quando terminaron de hablar, tomóles otra vez las manos el Hada rubia é indicóles á la Dama de la media noche que dormía apaciblemente con sus muñequitas vivas en brazos; con ese gesto recomendábaselas por última vez y luego díjoles adiós, y desapareció...

Desapareció...

En aquel momento ocurríasele súbitamente á Juanillo que no dió con la Reina del Aquelarre después de tantas tribulaciones para perderla de vista enseguida... é inconscientemente dió un paso hacia adelante, que advirtieron enseguida los dos aldeanos de Büchen...

— Por ahí se han movido! dijo Matías con voz apagada.

— Efectivamente... Allí hay alguien, replicó Martín...

Y arrojáronse los dos sobre el rincón donde Juanillo estaba deseando tener la estatura de Pulgarcito...

Lo cogieron!... Lo asieron fuertemente, con fuerza y con rabia!

Cómo era posible que en ese rincón hubiera alguien, alguien que los había visto en compañía del Hada rubia, *alguien que los había escuchado!*

Y es probable que cuanto dijeron aquellos hombres debía permanecer secreto, pues ya habían agarrado á Juanillo por la garganta como para estrangularlo a la primera palabra que pronunciase.

Juanillo debatióse en vano... Ya agoniza bajo los dedos que lo estrangulan... Sus verdugos lo han arrasado brutalmente hasta el centro de la caverna, donde caían de lleno los rayos de la luna.

Matías y Martín reconocieron en el joven al viajero singular que partió con ellos de Büchen en el estribo de la diligencia. No dudaron que al encontrarlo allí era porque les había seguido los pasos. Es un espía, un espía que lo ha escuchado todo!...

Y los dedos apretaban más y más la garganta de Juanillo en tal forma, que aunque éste hubiese sabido el alemán, nada habría podido articular en aquel momento.

Profirió sonidos inarticulados y logró caer de rodi-

llas y juntar las manos, lo cual quiere decir en todos los países del mundo que se implora piedad!

Juanillo pudo creer durante un momento que le acordaban gracia, pues el nudo que le apretaba la garganta se aflojaba un tanto... mas oye una palabra que le hace saber cuál será su suerte:

— *Tod!*

Y esa palabra significa: *muerte!*

Matías respondió en forma no menos breve:

— *Fünf Minuten!*

También comprendió Juanillo esas palabras que significaban: *cinco minutos!*

Total, cinco minutos le acordaban para que se preparara á morir.

Esas gentes de la Selva Negra son muy piadosas y bien se dió cuenta Juanillo de que le acordaban esos cinco minutos para que implorase al Señor el reposo de su alma.

Temblaba Juanillo de pies á cabeza... sin mostrar ningún heroísmo! Continuó con las manos juntas en actitud de súplica, tratando de hacerles comprender en alemán que sólo hablaba francés y que por lo tanto no le había sido posible sorprenderles su secreto. Mas por rudimentario que fuese el conocimiento que tenía del alemán, parecíales á Matías y á Martín que era excesivo.

Arriba! Era preciso morir!

Juanillo quiso gritar, pedir socorro, despertar á la Dama de la media noche ..

Los férreos dedos de Matías apretaban más y más su garganta. Oh! bien guardado quedaría el secreto! Sin duda jamás se escaparía de aquellos labios!

... Cinco minutos!

Martín sacó el reloj y observó la marcha del minuto en el cuadrante.

Juanillo, inconscientemente, metió la mano al bolsillo y sacó también su reloj, el hermoso reloj obsequio de Bautista, el reloj sobre cuyo esmalte habían trazado esta singular inscripción :

A las dos y cuarto
Y del tiempo al soñ :
Que Jesús se encuentre
En tu corazón.

Juanillo quiso sin duda contar por sí mismo los minutos que le quedaban de vida, pues ya dijimos que á pesar de su inclinación por la bohemia y los bohemios, era un chico muy ordenado.

De manera pues que se puso á mirar su reloj.

Y sucedió que Martín y Matías, á quienes, naturalmente, no se les escapaba ninguno de los ademanes del joven, vieron el reloj de Juanillo.

Oyéronse dos exclamaciones é inmediatamente Juanillo sintió libre su garganta.

— ¿ Qué sucede ? exclamó. Me dejan respirar.

Los dos sujetos quitáronse los sombreros é hicieronle mil cumplidos que Juanillo no entendió, mas, como viera libre el camino, dió dos saltos y hallóse fuera de la gruta.

— ¡ Qué extraño ! pensó... Me soltarón al ver mi reloj... Razón tenía el Señor Bautista cuando me decía que no lo extraviara pues algún día podría prestarme grandes servicios... Y yo que quería devolvérselo honradamente ! Buena lección para lo futuro ! Juanillo, conserva todo y no devuelvas nada !...

Al día siguiente había feria en Todtnau y Juanillo se paseaba por la plaza del mercado, esperando á Magno que le había dado cita allí. Juanillo estaba triste porque

había buscado en vano á las institutrices... Y sin duda no era capaz de devolverle el buen humor la presencia de Paumgartner que desfilaba gloriosamente por frente á las barracas. Casi inmediatamente reunióse á Paumgartner un criado del Hotel del Águila y le entregó un telegrama.

Paumgartner leyó y exclamó en alta voz, con aire de asombro :

— Un telegrama de mi hermano ! ¿ Cómo diablos ha podido saber que me hallo hoy en Todtnau hospedado en el Hotel del Águila ?... Y me llama con urgencia á Viena ! ¿ Qué querrá decir esto ?

Paumgartner alejóse pensativo.

En aquel momento Juanillo lanzó un grito de alegría y postróse de rodillas, ya no para implorar piedad sino para poder estrechar más cómodamente entre sus brazos á Magno, el enano paralelepípedo de cinco patas, el excelente Magno, que lo abrazó también, mas apresuradamente.

— Vamos, Juanillo !... Dejemos las demostraciones para más tarde, que no tenemos minuto que perder... Mas ¿ qué hiciste de las chiquillas ?

— Eran muy embarazosas, respondió el joven, y resolví trocarlas contra estas dos muñecas...

Y diciendo esto sacó de entre los bolsillos las dos muñecas de la vieja Tragavientos. Magno no se dignó siquiera sonreír, ni pedir explicaciones.

— Vamos, aprisa ! ordenó mientras trotaba con sus piececillos y conducía al joven con sus tres manos... Démonos prisa ! No contamos sino con pocos minutos para llegar á la estación más próxima.

— ¿ Acaso tenéis dinero ?

— Ni un céntimo, mas todo está arreglado.

— Ah ! si todo está arreglado !...

— Sin duda. Yo haré el viaje en un canasto de ropa blanca...

— Se está holgadamente en un canasto de ropa blanca., declaró Juanillo... Y yo ¿en qué voy á viajar?

— Debajo de un vagón, ya te diré cómo... hay allí un puesto que parece hecho expresamente para ti...

— Ya lo creo!... expresamente para mí... muy honrado sois, Señor Magno!... ¿hasta dónde iremos en esa posición?

— Hasta Viena!

— Ayayay! exclamó Juanillo, sobándose las costillas con anticipación.

... Pues bien, por poco entusiasmador que fuese aquel programa, Juanillo hubiéralo encontrado estupendo por ir en compañía de Magno, si no hubiese tenido tan triste el corazón...

Porque no hay que olvidarlo... Juanillo estaba enamorado...

Sentíase morir al despedirse de una ciudad donde quizás se hallaba aún Berta.

De pronto víole una inspiración... Metió la mano entre uno de sus inagotables bolsillos y sacó un paquete de papeles que había encontrado la víspera en el saco de mano de Berta.

Consultó aquellos papeles que eran casi todos certificados y entre ellos sorprendió esta carta:

« Queda convenido pues, señorita, que os esperamos á principios del mes entrante. Presentaos en el *Home*, entre cuatro y cinco de la tarde, y decid que deseáis hablar con la directora. »

La firma de la carta era ilegible, mas podíanse leer, claramente, estas palabras escritas en grandes letras:

International Home

Kaiser-Wasser Strasse

Wien.

— Hurra! exclamó Juanillo, que no podía contener su júbilo! Ella va para Viena! Va para Viena!

— ¿Quién va para Viena? preguntó Magno estupefacto ante aquella súbita alegría.

— Sin duda ella misma, replicó Juanillo como lo hubiera hecho un gran político...

Puesto que nosotros vamos á Viena, ella también va... la Reina del Aquelarre!